

PUNTA TERRAZA

¿Son tan felices? ¿Son así como se los parece ver en la tele, bailando en las grutas de Las Leñas, practicando wind-surf entre las olas, arreglando la tirita de la malla —nena, que te miran— en pleno bullicio de la Bristol? Alguien se ha confabulado enviando este mandato: un verano puede ser cualquier cosa, pero nunca defraudan. Jóvenes y vacaciones. De ambos se espera, no menos que eso, la felicidad. De la combinación de observaciones, testimonios y miradas, este suplemento —auspiciado por la Fundación Crecer y Crear— no puede sino destilar un cierto tufillo a gas-oil, a vacaciones gasoleras. Sírvase fresco.

VERAN GASOLER

PUNTA TERRAZA

"Ahora me tenés que hacer de todo." Falta que le agregue la muletilla de Porcel: "Mamita". Canchero de toda la vida, Lucas (18) mira hacia Corrientes y sus espaldas pato vica dan al Blanca Podestá, donde trabaja su amigo Carlos (23), un acomodador que cuando deja la linterna se entrena en Atlanta. "Ponelo, poné que jugué en la primera de Atlanta y que r..e voy para la A." "En verano todo está más de fiesta, vas caminando, ves las vidrieras y si sos gasolero, andás bien." Pero eso sí, "al precio que está todo, si invitás a la minita a tomar una cerveza, después de pagar le tenés que decir: 'Ahora me tenés que hacer de todo' ".

El verano gasolero es la única, el auténtico, el legítimo verano. Desmiente otras presunciones de la temporada: la leche cultivada, las bermudas coloridas, la lambada. Aunque según Lucas, el evangelio de Lucas, la miseria no es el fin de todas las cosas. "En el gimnasio se llena de minitas que quieren levantar la cola o las tetas. Se van como vinieron. También hay algunas que vienen a calentar y te preguntan qué tienen que hacer para desarrollar este músculo o aquél y te piden que les muestres qué músculos trabajan. Pero cuando las apurás se van al mazo." Ahí está por primera vez, en las esencias del verano gasolero, el testimonio erótico que se repite: Insinuación y Retirada. "Pero las que van al frente seguro —dice Lucas y flexiona el brazo quitándose una manchita del importante biceps— son los bagayitos. Algunas son gordas pero por lo menos dan bola y no arrugan." Entonces los dos hacen una pausa. Lucas que relaja los músculos y Carlos que quiere "volver a trabajar en *La lección de anatomía*, porque soy actor", los dos se miran y dicen que más que al verano apuestan a marzo porque no hay levante. Miran los apuntes del cronista y le interrogan: "¿Se transa haciendo preguntas? ¿Hay levante?".

"Seguro. Se ponen más cargosos." Desde el Pumper de Corrientes y Callao, Alejandra (15) y Elizabeth (14) no lo saben pero responden a Lucas tanto como a Carlos. "No sé qué les pasa a los chicos con el calor." Y lo dicen poniendo los ojos sobre dos tipos que "no pasan bola". Es el mundo en su conjunto el que no la pasa. "Mi viejo —dice una— es tachero y la cosa no da para irse." Razón de más entonces para la tercera esencia de la temporada —Gasolerismo, Insinuación y Retirada— que es la siguiente: "Nos matamos viendo *Clave de sol*".

Transpiran los cronistas bajo el sol homicida con la consigna clara: "Encontrar a la juventud allí donde se sabe (presuma) que está." Cuatro de ellos contienen las señales prototí-



Gustavo Saiegh

A LA PLAYA, CAMARADA

Fue todo tan rápido con la chica del MAS y tenía tan simpática sonrisa que se fue por la puerta del diario, alegre y apenas suspicaz, sin que el periodista le preguntara el nombre. Así que el diálogo será anónimo. De un lado el periodista, en la ficción un liberal, y del otro ella, la chica del MAS.

Ch. del MAS: Orgánicamente el partido no organiza nada para el verano. Los que pueden, se van de mochileros. Ninguno de nosotros gana más de cien lucas, imaginate.

El periodista: ¿Y los que se quedan?

—Y, al tener más tiempo, estudiamos bastante.

—¿Bastante qué?

—Política, organización.

—¿Política? ¿Organización?

—*Historia de la Revolución Rusa*, del camarada Trotsky. Los textos de Nahuel Moreno. *Problemas de organización, Revolución en el siglo XX, 1982: Comienza la revolución.*

—Parece que no comenzó.

—Está por verse.

Simpática, incluso linda, la chica del MAS dice que estudia filosofía, pero ahora, en verano, cuando a las cuatro de la tarde deja el trabajo, se va para el local y si no discute política, trabaja en la edición de *Correo Internacional* (una revista en la que "se analizan los procesos de los estados obreros en la Europa del Este"), o se sale a piquetear, vendiendo *Solidaridad Socialista* en Once y Constitución o se desparrama por las calles "para apoyar el conflicto de los ferroviarios".

El verano de las juventudes del MAS, verano rojo, aunque se dispersa también en ollas populares, es esencialmente el mismo verano gasolero, chato y confuso de cualquier hijo de vecino. "Somos normales —dice suspicaz la sonriente compañera— y yo no sé qué voy a hacer después del verano. ¿Qué querés que planee en medio de este quilombo nacional?"

Tan siniestra es la crisis en Argentina que "hoy, en general, los jóvenes comunistas no se van de vacaciones pero organizan campamentos para ir a pescar a Baradero, San Pedro y viajan a dedo o se cuelan en los trenes". Desdibujadas las identidades de los más firmes temperamentos juveniles, el comunismo nativo se afana por contener la disolución. Tal como explica Rolando Baró, secretario de prensa del PCA, "la actividad brigadista de la Federación Juvenil Comunista se divide en dos áreas. Por un lado el brigadismo social estudiantil que hace trabajo territorial en las barriadas populares. Pintan, cavan zanjas, trazan caminos. Después están los cursos de verano de la Fede. Este año van a ser unos 1200 pibes de 16 a 23 años. En algunos casos los cursos se hacen en campamentos en Salta, Jujuy, Tucumán o Mendoza". Explica Baró que por la mañana son los "cursos de actualidad política" y por la noche "especialmente si hay chicos del interior, es una joda total, se hacen brindis, bailes de disfraces, fogones". Como la "joda total" parece similar a la de Acción Católica o los scouts adventistas, el cronista inquiere a Baró lo siguiente:

—¿Es cierto que en los campamentos del MAS se coge mejor?

Baró no trepida un instante y aclara: "Lo que te puedo decir es que los militantes de la Fede no son inválidos" y añade "en ese aspecto". Pero Baró es un cuadro de larga trayectoria capaz de reconocer que "la Fede de hoy es mucho más amplia y menos dogmática que la de mi época", que en los campamentos rojillos "a veces se cuela algún Clemente (peronista) para ganarse mujeres" y de exhibir con orgullo final que la próxima brigada juvenil que viaje a Nicaragua a recolectar café "va a recibir la Orden del 10° Aniversario de la Revolución Sandinista".

PUNTA TERRAZA

VERANO GASOLERO

Gustavo Saiegh

"Ahora me tenés que hacer de todo." Falta que le agregue la muletilla de Porcel: "Mamita". Canchero de toda la vida, Lucas (18) mira hacia Corrientes y sus espaldas pato vica dan al Blanca Podestá, donde trabaja su amigo Carlos (23), un acomodador que cuando deja la linterna se entrena en Atlanta. "Ponelo, poné que jugué en la primera de Atlanta y que r..e voy para la A." "En verano todo está más de fiesta, vas caminando, ves las vidrieras y si sos gasolero, andás bien." Pero eso sí, "al precio que está todo, si invitás a la minita a tomar una cerveza, después de pagar le tenés que decir: 'Ahora me tenés que hacer de todo' ".

El verano gasolero es la única, el auténtico, el legítimo verano. Desmiente otras presunciones de la temporada: la leche cultivada, las bermudas coloridas, la lambada. Aunque según Lucas,el evangelio de Lucas, la miseria no es el fin de todas las cosas. "En el gimnasio se llena de minitas que quieren levantar la cola o las tetas. Se van como vinieron. También hay algunas que vienen a calentar y te preguntan qué tienen que hacer para desarrollar este músculo o aquél y te piden que les muestres qué músculos trabajan. Pero cuando las apurás se van al mazo." Ahí está por primera vez, en las esencias del verano gasolero, el testimonio erótico que se repite: Insinuación y Retirada. "Pero las que van al frente seguro —dice Lucas y flexiona el brazo quitándose una manchita del importante biceps— son los bagayitos. Algunas son gordas pero por lo menos dan bola y no arrugan." Entonces los dos hacen una pausa. Lucas que relaja los músculos y Carlos que quiere "volver a trabajar en *La lección de anatomía*, porque soy actor", los dos se miran y dicen que más que al verano apuestan a marzo porque no hay levante. Miran los apuntes del cronista y le interrogan: "¿Se transa haciendo preguntas? ¿Hay levante?".

"Seguro. Se ponen más cargosos." Desde el Pumper de Corrientes y Callao, Alejandra (15) y Elizabeth (14) no lo saben pero responden a Lucas tanto como a Carlos. "No sé qué les pasa a los chicos con el calor." Y lo dicen poniendo los ojos sobre dos tipos que "no pasan bola". Es el mundo en su conjunto el que no la pasa. "Mi viejo —dice una— es tachero y la cosa no da para irse." Razón de más entonces para la tercera esencia de la temporada —Gasolerismo, Insinuación y Retirada— que es la siguiente: "Nos matamos viendo *Clave de sol*".

Transpiran los cronistas bajo el sol homicida con la consigna clara: "Encontrar a la juventud allí donde se sabe (presuma) que está." Cuatro de ellos contienen las señales prototípicas: vienen de ver la segunda parte de *Volver al futuro* y ahora se instalan en Parquelandia, el gran salón de videojuegos en la calle de los cines. Marcelo, Pablo, Claudia, Andrea (16, 14, 14, 13) son todos de Castelar y ninguno trabaja en verano. Salen de ese arrabal confortable "cuando nuestros viejos nos tiran algún peso" y si no, "nos juntamos en casas de amigos y nos quedamos hasta la una o las dos de la madrugada hablando, jugando al truco, escuchando música o ponemos un video". Esencia 4: Sedentarismo. Sólo Andrea, la que pone la videocasetera, se va de vacaciones a Necochea. Los otros tres,"y... no sé, nos juntamos en la pileta del club". Y es cierto, dicen, "las pibas andan con menos ropita, pero siguen haciéndose las difíciles. Igual que en invierno".

Dondequiera que estén los locales de videojuegos, allí, Florencia, Miriam, Claudia, Sebastián, Diego, Pablo (14, 13, 14, 15, 15, 14). Esta vez las pantallas electrónicas son las de Lope de Vega y Alvarez Jonte. Florencia y Claudia accedieron a la playa por quincena y con los viejos, en Miramar y San Bernardo. Sebastián y Diego accedieron, pero sólo campamento y Acción Católica mediante. Pablo perdió y no fue ni se irá: "No hay guita". Ergo: casas de amigos, a veces ni siquiera eso, "en la vereda hasta que se hacen las doce y los viejos se ponen nerviosos". Días calientes en que "con todo el quilombo que hay los viejos no nos tiran más plata". Pero para todo hay una solución: "Nunca nos perdemos *Clave de sol*".

A los Pumper, cronistas, a los Pumper. Este local que se yergue de pronto en medio de la repetición se parece. No, es una lechería. Extraños son los designios del diseño. La lechería —pulpería del 2000— casi no tiene mesas ni estaño ni ceniceros cargados de colillas. Tiene largas mesadas de mármol y el mármol es frío. En las pocas mesas hay cartelitos como los de las calles. Uno dice así: "Haga amigos compartiendo su consumición", o algo así, como si el pueblo todo, la humanidad en su conjunto hubiera olvidado los preceptos de la amistad, su noción, necesidad o imperioso mandato genético. En algún rincón de este tambo lechero tres chicas que quieren pasar los 20 pacen entre ofertas naturales y jugos y yogures. Corina, Carola y María Eugenia en realidad son amigas desde antes del yogur, cuando iban a la primaria. Ninguna trabaja, salvo Carola y "para entretenerme, lo ayudo a mi viejo en el negocio".

¿Acaso se aburren? ¿Habría sido mejor que descubrieran la amistad en 1990 y dentro de una lechería? Bufa Corina y explica: "Ahora que no estoy estudiando, voy a tomar sol todas las tardes en plaza Las Heras". María Eugenia traga yogurt y esclarece: "Soy mantenida y lo digo con orgullo". Carola zanja el jugo y manifiesta: "En general me levanto tarde y no hago casi nada hasta la noche, salvo cuando vamos a tomar el sol juntas". La quintaesencia para quienes no trabajan (repaso: Gasolerismo, Insinuación y Retirada, *Clave de sol*, Sedentarismo) es simple. Levantada Tardía y Rellénese el Faltante.

No se va el cronista sin sacar algo más del mármol lechero, ante la aparición del gasolerismo en un comentario de las chicas.

—¿Tus viejos no tiran guita?

—Sí. Pero cada vez que les pido me mandan a laburar.

—¿Y vos buscás?

—Nooo. ¿Estás loco? ¿Por qué voy a tener que matarme laburando si con la guita que gana mi viejo puedo vivir bien?

Entre escritos borgianos, calles arboladas y casas-departamento reformadas, amén de los numerosos cafés y boliches de música, se supone de Palermo Viejo que es un barrio donde habita un tipo particular de juventud. De cada cien, 99 jóvenes de la zona merodean la placita de Honduras y Serrano, donde ralean unos pocos juegos para niños y ocho granos de arena. Si se quiere, los cinco pocillos de café frente a la placita son la contracara de aquellos mármoles anteriores. Es obvio, Viviana (20) trabaja en una librería, de 9 a 15, y de su tiempo libre no hace yogur y sol sino que "descanso, escucho algo de música, leo" o bien "hasta hace una semana acompañaba a una amiga española para que conociera la ciudad". Semejante perfil social es socio de la incertidumbre: "No sé si me podré ir. Tal vez me vaya al sur en carpa". Mira a Leo (22) y dice: "Tal vez me vaya con Leo".

Leo, Leo de Eleonora o de Leonor, está ahí, es una de las cinco pocillos de café y junto con la otra Viviana (19) dice "somos artesanas. Hacemos máscaras de cortapesa y las vendemos los fines de semana en la feria de Lezama o en Plaza Italia". Socias de la incertidumbre: "Nos morimos de calor todo el día y no vendemos nada. ¿No comprás una máscara? Te la dejamos en veinte lucas". Las chicas de Palermo Viejo, si son artesanas, no pueden dejar de incursionar en otras ramas del Arte: hacen danza, flauta traversa e incluso acrobacia. Las chicas de este barrio se independizan en libertades acotadas por la ayuda de los padres, la gasolina del verano. Leo ni siquiera puede con esos mangos paternos. "Trabajo de moza en un bar de por acá los viernes, sábados y domingos." Néstor (22) mira a las cuatro con cariño y da su receta liberadora: "Trabajo arreglando artefactos eléctricos. Empecé con secadores de pelo" y ya va por los lavarropas.

Cronistas, a los videojuegos. En este callejón del Bronx los argentinos se entrenan para vivir en su propio país. Practican karate, matan a puño y puñal, se evaden por escaleras contra incendios para volver a caer sobre enemigos cada vez mayores, más calvos, más negros. Los dos intrépidos, Daniel (16) y Dante (17) dejan por fin su martirio electrónico por otro peor, la vida. "Laburamos todo el año. No nos vamos de vacaciones y no estudiamos. Somos engarzadores y trabajamos en el centro desde las ocho de la mañana hasta las cinco." O sea que "cuando llego a casa tengo ganas de apoliyar, así que me quedan solamente los fines de semana para divertirme. Voy a bailar, bailo con la que agarre".

El panorama se pone apenas sombrío y la cerveza de otro Daniel (18) se calienta. Se calienta como Daniel que apenas escucha la pregunta y acelera: "De pronto da para irse y de pronto no da. De pronto cae encima un presidente de mierda y te garca las vacaciones". Pausa. Recomienza. "Te podés ir, pero en carpa. La calle no da, ¿cuánto podés estar en la calle? Enseguida tenés que rajar... sin guita, no da." Claudio (21) lo mira y cuida su mochila. Lo complementa: "Te rompés el culo todo el año... Te lo rompés al repedo. No son vacaciones ahora, es un descanso, un cable a tierra. Ni siquiera podés pensar en el futuro, ni en mañana". Pausa. Sigue Daniel. "La Argentina es un bajón."

Gustavo Saiegh



A LA PLAYA, CAMARADA

Fue todo tan rápido con la chica del MAS y tenía tan simpática sonrisa que se fue por la puerta del diario, alegre y apenas suspicaz, sin que el periodista le preguntara el nombre. Así que el diálogo será anónimo. De un lado el periodista, en la ficción un liberal, y del otro ella, la chica del MAS.

Ch. del MAS: Orgánicamente el partido no organiza nada para el verano. Los que pueden, se van de mochileros. Ninguno de nosotros gana más de cien lucas, imaginate.

El periodista: ¿Y los que se quedan?

—Y, al tener más tiempo, estudiamos bastante.

—¿Bastante qué?

—Política, organización.

—¿Política? ¿Organización?

—*Historia de la Revolución Rusa*, del camarada Trotsky. Los textos de Nahuel Moreno. *Problemas de organización. Revolución en el siglo XX, 1982: Comienza la revolución.*

—Parece que no comenzó.

—Está por verse.

Simpática, incluso linda, la chica del MAS dice que estudia filosofía, pero ahora, en verano, cuando a las cuatro de la tarde deja el trabajo, se va para el local y si no discute política, trabaja en la edición de *Correo Internacional* (una revista en la que "se analizan los procesos de los estados obreros en la Europa del Este"), o se sale a piquetear, vendiendo *Solidaridad Socialista* en Once y Constitución o se desparrama por las calles "para apoyar el conflicto de los ferroviarios".

El verano de las juventudes del MAS, verano rojo, aunque se dispersa también en ollas populares, es esencialmente el mismo verano gasolero, chato y confuso de cualquier hijo de vecino. "Somos normales —dice suspicaz la sonriente compañera— y yo no sé qué voy a hacer después del verano. ¿Qué querés que planee en medio de este quilombo nacional?"

Tan siniestra es la crisis en Argentina que "hoy, en general, los jóvenes comunistas no se van de vacaciones pero organizan campamentos para ir a pescar a Baradero, San Pedro y viajan a dedo o se cuelan en los trenes". Desdibujadas las identidades de los más firmes temperamentos juveniles, el comunismo nativo se afana por contener la disolución. Tal como explica Rolando Baró, secretario de prensa del PCA, "la actividad brigadista de la Federación Juvenil Comunista se divide en dos áreas. Por un lado el brigadismo social estudiantil que hace trabajo territorial en las barriadas populares. Pintan, cavan zanjas, trazan caminos. Después están los cursos de verano de la Fede. Este año van a ser unos 1200 pibes de 16 a 23 años. En algunos casos los cursos se hacen en campamentos en Salta, Jujuy, Tucumán o Mendoza". Explica Baró que por la mañana son los "cursos de actualidad política" y por la noche "especialmente si hay chicos del interior, es una joda total, se hacen brindis, bailes de disfraces, fogones". Como la "joda total" parece similar a la de Acción Católica o los scouts adventistas, el cronista inquiere a Baró lo siguiente:

—¿Es cierto que en los campamentos del MAS se coge mejor?

Baró no trepida un instante y aclara: "Lo que te puedo decir es que los militantes de la Fede no son inválidos" y añade "en ese aspecto". Pero Baró es un cuadro de larga trayectoria capaz de reconocer que "la Fede de hoy es mucho más amplia y menos dogmática que la de mi época", que en los campamentos rojillos "a veces se cuela algún Clemente (peronista) para ganarse mujeres" y de exhibir con orgullo final que la próxima brigada juvenil que viaje a Nicaragua a recolectar café "va a recibir la Orden del 10º Aniversario de la Revolución Sandinista".



Miguel Martelotti

SOLITA Y SOLA

(Por Martirio González) El camino subía y bajaba, y según la altura la veía chiquitita o se le perdía. Caminaba hacia las afueras del balneario, bordeando el asfalto del lado de los médanos. Le parecía que llevaba el pelo corto, o quizás atado, una camisa enorme y gris, un bolso, probablemente zapatillas.

Más se acercaba y más reducía la velocidad, hasta que frenó a su lado. Desde el tablero bajó la ventanilla para preguntarle si la podía alcanzar al lugar que fuera. Tenía, en efecto, el pelo corto, cortísimo, y anteojos. La mitad de sus años. Una malla negra enteriza pero con un cráter a la altura del ombligo. Alpargatas, no zapatillas, en los pies. Quiso recoger la oferta pronunciada cuando ella se sacó los anteojos y lo miró como a punto de decirle que era el noveno tarado que fracasaba. Pero, en cambio, la escuchó:

—Mirá, no sé dónde queda exactamente el lugar al que voy, pero me parece que es muy cerca. Te agradezco, de todos modos.

—Bueno, pero te puedo llevar igual. Si no te ubicás, podemos preguntarle a alguien.

—Pero creo que es muy cerca, realmente.

—¿Tan cerca?

—Creo que sí. Vamos, vamos, acepto.

Sonriendo le preguntó si le podía abrir la puerta del coche, y a él le gustó que tuviera tantos dientes, y tan grandes. Cuando se sentó no pudo sugerirle más que siguiera derecho, hasta que reconociera algún lugar. Apenas había podido preguntarle si había llegado en esos días, cuando señaló una especie de castillito que se asomaba a la izquierda:

—Mirá, es ahí. ¿Viste? No eran ni tres cuadras.

—Verdad que era cerca.

Estacionó frente al autoservicio, único edificio de la orilla derecha del camino, que tenía en la puerta tres teléfonos públicos. Le preguntó si pensaba bajarse, terminar allí tan breve encuentro.

—Sí y no. Me bajo, a comprar unas cervezas. Y vuelvo.

Se sentaron en un cantero de yuyitos. Ella se enteró de que él era pediatra, que estaba pasando las vacaciones con sus hijos, que había llegado hacía diez días. El se enteró de que ella era secretaria, que tenía dieciocho —resultó más chica de lo que aparentaba—, que era la primera vez que salía sola de vacaciones, que lo había hecho porque se había dejado estar, porque amaneció un martes —segundo día libre— a las nueve de la mañana muerta ya de calor en ese departamento que no se refrescaba nunca y salió, con lo imprescindible en un bolso, a la estación de ómnibus para comprarse un pasaje a algún sitio. Que hacía de eso nueve días, y que había pasado por cuatro balnearios antes de llegar ahí. Paraba en hoteles no muy caros, o en hosterías, o en albergues juveniles.

—Pero no aguanto mucho tiempo en ningún lado. No es fácil estar completamente sola.

—Sí, en especial para una chica, me imagino.

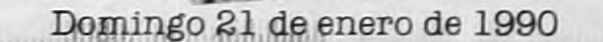
—No, no entendés. Estar solo. Para cualquiera.

Le preguntó si había visto una película, *El rayo verde*, y pronunció el nombre en francés, *Le rayon vert*, con una e muy larga y llena de esos dientes, *vert*. La había visto, era de un director francés más de su época, Eric Rohmer. Pero prefirió dejársela contar.

—Es la historia de una chica que no me acuerdo por qué se queda sin las vacaciones que había planeado. Creo que se iba a ir con una amiga, y la amiga la deja plantada unos días antes. Y se va sola. Deambula por un montón de lugares, París, Cherburgo, La Plagne, Biarritz, qué sé yo, pero no se puede quedar en ninguno porque se siente profundamente incómoda. Pero en serio. Y es la soledad. Un día oye hablar de un fenómeno meteorológico, un rayo verde que se ve sólo un atardecer cada tantísimos. Lo describe Julio Verne en uno de sus libros, el rayo verde que se ve apenas unos segundos cuando el sol se esconde en ciertas condiciones atmosféricas que le revela sus sentimientos, y los ajenos, a quien lo ve. Y bueno, al final lo ve.

Estrelló la lata de cerveza contra uno de los teléfonos públicos, y él le dijo que qué linda película, por decir algo. Ella lo miró como si le fuera a señalar que era el más idiota de los comentarios posibles, pero no, le pidió si por favor podía esperar que trajera sus cosas del castillito, que era una hostería.

—¿Me llevás a la estación de ómnibus?



Domingo 21 de enero de 1990



Gustavo Saiegh

picas: vienen de ver la segunda parte de *Volver al futuro* y ahora se instalan en Parquelandia, el gran salón de videojuegos en la calle de los cines. Marcelo, Pablo, Claudia, Andrea (16, 14, 14, 13) son todos de Castelar y ninguno trabaja en verano. Salen de ese arrabal confortable "cuando nuestros viejos nos tiran algún peso" y si no, "nos juntamos en casas de amigos y nos quedamos hasta la una o las dos de la madrugada hablando, jugando al truco, escuchando música o ponemos un video". Esencia 4: Sedentarismo. Sólo Andrea, la que pone la videocasetera, se va de vacaciones a Necochea. Los otros tres,"y... no sé, nos juntamos en la pileta del club". Y es cierto, dicen, "las pibas andan con menos ropita, pero siguen haciéndose las difíciles. Igual que en invierno".

Dondequiera que estén los locales de videojuegos, allí, Florencia, Miriam, Claudia, Sebastián, Diego, Pablo (14, 13, 14, 15, 15, 14). Esta vez las pantallas electrónicas son las de Lope de Vega y Alvarez Jonte. Florencia y Claudia accedieron a la playa por quincena y con los viejos, en Miramar y San Bernardo. Sebastián y Diego accedieron, pero sólo campamento y Acción Católica mediante. Pablo perdió y no fue ni se irá: "No hay guita". Ergo: casas de amigos, a veces ni siquiera eso, "en la vereda hasta que se hacen las doce y los viejos se ponen nerviosos". Días calientes en que "con todo el quilombo que hay los viejos no nos tiran más plata". Pero para todo hay una solución: "Nunca nos perdemos *Clave de sol*".

A los Pumper, cronistas, a los Pumper. Este local que se yergue de pronto en medio de la repetición se parece. No, es una lechería. Extraños son los designios del diseño. La lechería —pulpería del 2000— casi no tiene mesas ni estaño ni ceniceros cargados de colillas. Tiene largas mesadas de mármol y el mármol es frío. En las pocas mesas hay cartelitos como los de las calles. Uno dice así: "Haga amigos compartiendo su consumición", o algo así, como si el pueblo todo, la humanidad en su conjunto hubiera olvidado los preceptos de la amistad, su noción, necesidad o imperioso mandato genético. En algún rincón de este tambo lechero tres chicas que quieren pasar los 20 pacen entre ofertas naturales y jugos y yogures. Corina, Carola y María Eugenia en realidad son amigas desde antes del yogur, cuando iban a la primaria. Ninguna trabaja, salvo Carola y "para entretenerme, lo ayudo a mi viejo en el negocio".

¿Acaso se aburren? ¿Habría sido mejor que descubrieran la amistad en 1990 y dentro de una lechería? Bufa Corina y explica: "Ahora que no estoy estudiando, voy a tomar sol todas las tardes en plaza Las Heras". María Eugenia traga yogurt y esclarece: "Soy mantenida y lo digo con orgullo". Carola zanja el jugo y manifiesta: "En general me levanto tarde y no hago casi nada hasta la noche, salvo cuando vamos a tomar el sol juntas". La quintaesencia para quienes no trabajan (repaso: Gasolerismo, Insinuación y Retirada, *Clave de sol*, Sedentarismo) es simple. Levantada Tardía y Rellénese el Faltante.

No se va el cronista sin sacar algo más del mármol lechero, ante la aparición del gasolerismo en un comentario de las chicas.

—¿Tus viejos no tiran guita?

—Sí. Pero cada vez que les pido me mandan a laburar.

—¿Y vos buscás?

—Nooo. ¿Estás loco? ¿Por qué voy a tener que matarme laburando si con la guita que gana mi viejo puedo vivir bien?

Entre escritos borgianos, calles arboladas y casas-departamento reformadas, amén de los numerosos cafés y boliches de música, se supone de Palermo Viejo que es un barrio donde habita un tipo particular de juventud. De cada cien, 99 jóvenes de la zona merodean la placita de Honduras y Serrano, donde ralean unos pocos juegos para niños y ocho granos de arena. Si se quiere, los cinco pocillos de café frente a la placita son la contracara de aquellos mármoles anteriores. Es obvio, Viviana (20) trabaja en una librería, de 9 a 15, y de su tiempo libre no hace yogur y sol sino que "descanso, escucho algo de música, leo" o bien "hasta hace una semana acompañaba a una amiga española para que conociera la ciudad". Semejante perfil social es socio de la incertidumbre: "No sé si me podré ir. Tal vez me vaya al sur en carpa". Mira a Leo (22) y dice: "Tal vez me vaya con Leo".

Leo, Leo de Eleonora o de Lenor, está ahí, es una de las cinco pocillos de café y junto con la otra Viviana (19) dice "somos artesanas. Hacemos máscaras de cortapesa y las vendemos los fines de semana en la feria de Lezama o en Plaza Italia". Socias de la incertidumbre: "Nos morimos de calor todo el día y no vendemos nada. ¿No comprás una máscara? Te la dejamos en veinte lucas". Las chicas de Palermo Viejo, si son artesanas, no pueden dejar de incursionar en otras ramas del Arte: hacen danza, flauta traversa e incluso acrobacia. Las chicas de este barrio se independizan en libertades acotadas por la ayuda de los padres, la gasolina del verano. Leo ni siquiera puede con esos mangos paternos. "Trabajo de moza en un bar de por acá los viernes, sábados y domingos." Néstor (22) mira a las cuatro con cariño y da su receta liberadora: "Trabajo arreglando artefactos eléctricos. Empecé con secadores de pelo" y ya va por los lavarropas.

Cronistas, a los videojuegos. En este callejón del Bronx los argentinos se entrenan para vivir en su propio país. Practican karate, matan a puño y puñal, se evaden por escaleras contra incendios para volver a caer sobre enemigos cada vez mayores, más calvos, más negros. Los dos intrépidos, Daniel (16) y Dante (17) dejan por fin su martirio electrónico por otro peor, la vida. "Laburamos todo el año. No nos vamos de vacaciones y no estudiamos. Somos engarzadores y trabajamos en el centro desde las ocho de la mañana hasta las cinco." O sea que "cuando llego a casa tengo ganas de apoliyar, así que me quedan solamente los fines de semana para divertirme. Voy a bailar, bailo con la que agarre".

El panorama se pone apenas sombrío y la cerveza de otro Daniel (18) se calienta. Se calienta como Daniel que apenas escucha la pregunta y acelera: "De pronto da para irse y de pronto no da. De pronto cae encima un presidente de mierda y te garca las vacaciones". Pausa. Recomienza. "Te podés ir, pero en carpa. La calle no da, ¿cuánto podés estar en la calle? Enseguida tenés que rajar... sin guita, no da." Claudio (21) lo mira y cuida su mochila. Lo complementa: "Te rompés el culo todo el año... Te lo rompés al repedo. No son vacaciones ahora, es un descanso, un cable a tierra. Ni siquiera podés pensar en el futuro, ni en mañana". Pausa. Sigue Daniel. "La Argentina es un bajón."

SOLITA Y SOLA

(Por Martirio González) El camino subía y bajaba, y según la altura la veía chiquitita o se le perdía. Caminaba hacia las afueras del balneario, bordeando el asfalto del lado de los médanos. Le parecía que llevaba el pelo corto, o quizás atado, una camisa enorme y gris, un bolso, probablemente zapatillas.

Más se acercaba y más reducía la velocidad, hasta que frenó a su lado. Desde el tablero bajó la ventanilla para preguntarle si la podía alcanzar al lugar que fuera. Tenía, en efecto, el pelo corto, cortísimo, y anteojos. La mitad de sus años. Una malla negra enteriza pero con un cráter a la altura del ombligo. Alpargatas, no zapatillas, en los pies. Quiso recoger la oferta pronunciada cuando ella se sacó los anteojos y lo miró como a punto de decirle que era el noveno tarado que fracasaba. Pero, en cambio, la escuchó:

—Mirá, no sé dónde queda exactamente el lugar al que voy, pero me parece que es muy cerca. Te agradezco, de todos modos.

—Bueno, pero te puedo llevar igual. Si no te ubicás, podemos preguntarle a alguien.

—Pero creo que es muy cerca, realmente.

—¿Tan cerca?

—Creo que sí. Vamos, vamos, acepto.

Sonriendo le preguntó si le podía abrir la puerta del coche, y a él le gustó que tuviera tantos dientes, y tan grandes. Cuando se sentó no pudo sugerirle más que siguiera derecho, hasta que reconociera algún lugar. Apenas había podido preguntarle si había llegado en esos días, cuando señaló una especie de castillito que se asomaba a la izquierda:

—Mirá, es ahí. ¿Viste? No eran ni tres cuadras.

—Verdad que era cerca.

Estacionó frente al autoservicio, único edificio de la orilla derecha del camino, que tenía en la puerta tres teléfonos públicos. Le preguntó si pensaba bajarse, terminar allí tan breve encuentro.

—Sí y no. Me bajo, a comprar unas cervezas. Y vuelvo.

Se sentaron en un cantero de yuyitos. Ella se enteró de que él era pediatra, que estaba pasando las vacaciones con sus hijos, que había llegado hacía diez días. Él se enteró de que ella era secretaria, que tenía dieciocho —resultó más chica de lo que aparentaba—, que era la primera vez que salía sola de vacaciones, que lo había hecho porque se había dejado estar, porque amaneció un martes —segundo día libre— a las nueve de la mañana muerta ya de calor en ese departamento que no se refrescaba nunca y salió, con lo imprescindible en un bolso, a la estación de ómnibus para comprarse un pasaje a algún sitio. Que hacía de eso nueve días, y que había pasado por cuatro balnearios antes de llegar ahí. Paraba en hoteles no muy caros, o en hosterías, o en albergues juveniles.

—Pero no aguanto mucho tiempo en ningún lado. No es fácil estar completamente sola.

—Sí, en especial para una chica, me imagino.

—No, no entendés. Estar solo. Para cualquiera.

Le preguntó si había visto una película, *El rayo verde*, y pronunció el nombre en francés, *Le rayon vert*, con una e muy larga y llena de esos dientes, *vert*. La había visto, era de un director francés más de su época, Eric Rohmer. Pero prefirió dejársela contar.

—Es la historia de una chica que no me acuerdo por qué se queda sin las vacaciones que había planeado. Creo que se iba a ir con una amiga, y la amiga la deja plantada unos días antes. Y se va sola. Deambula por un montón de lugares, París, Cherburgo, La Plagne, Biarritz, qué sé yo, pero no se puede quedar en ninguno porque se siente profundamente incómoda. Pero en serio. Y es la soledad. Un día oye hablar de un fenómeno meteorológico, un rayo verde que se ve sólo un atardecer cada tantísimos. Lo describe Julio Verne en uno de sus libros, el rayo verde que se ve apenas unos segundos cuando el sol se esconde en ciertas condiciones atmosféricas que le revela sus sentimientos, y los ajenos, a quien lo ve. Y bueno, al final lo ve.

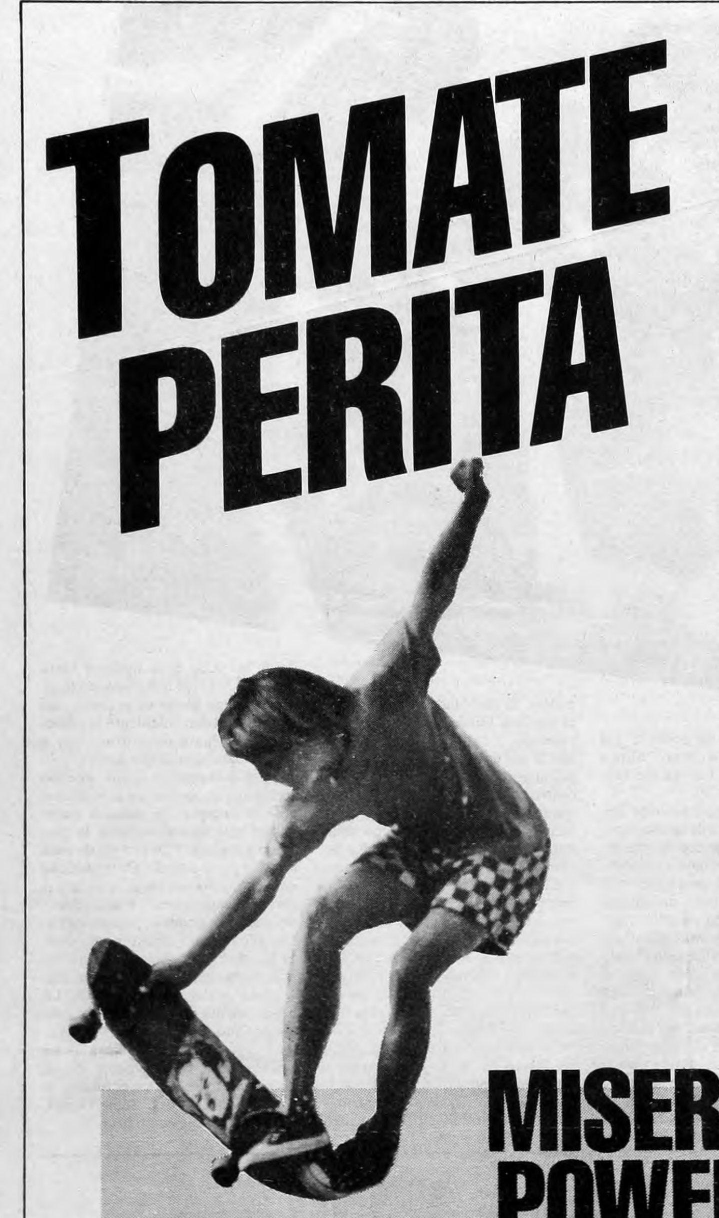
Estrelló la lata de cerveza contra uno de los teléfonos públicos, y él le dijo que qué linda película, por decir algo. Ella lo miró como si le fuera a señalar que era el más idiota de los comentarios posibles, pero no, le pidió si por favor podía esperar que trajera sus cosas del castillito, que era una hostería.

—¿Me llevás a la estación de ómnibus?



Miguel Mettelotti

TOMATE PERITA



(Por Camilo Sánchez, desde Mar del Plata) Los sinsabores de una capa de ozono lastimada o demasiados árboles talados en el Amazonas, pero lo cierto es que en Mar del Plata ya no refresca de noche. Y entonces marcha ella, no más de veinte, con un pantalón de jean roto, en forma subrepticia, allí, donde comienza una cola trabajada por el aerobic. Como un tomate perita. Arriba, una campera prendida por dos botones —los de abajo— cosa de brindar al mundo lo que apenas contiene un soutien negro, con puntillas. Por Hipólito Yrigoyen camina, dejándose mirar, y nadie intentará arrebatarla de un manotón: está con un padre atildado, la madre y una abuela, dos hermanitos menores. Es, para cualquier muchacho hambriento que ha llegado a esta ciudad obsesivo con algún desbarajuste erótico, el pollo al spiedo en la vidriera ajena.

La primera dificultad para el encuentro que deben sortear los jóvenes en Mar del Plata, es abrirse de la flia porque no ha sido posible —entre muchas otras cosas— veranear sin el entorno. El dato sobre cuántos pudieron viajar solos, sin protección, este año, no está registrado en ningún lado. "Pero son pocos", dicen en las oficinas de Estadística de la Secretaría de Turismo.

De cualquier forma, todo va mejor entre las sombras. Los más chicos, —hasta 17, 18— se borran antes de las orillas del Atlántico y se agrupan en los bares de Alem, "Beluchi" quizás, o "Señor González", o marchan directamente hacia alguna tecno. "Dollar" o "María López", son boliches que parecen mandar esta temporada. Desde afuera se percibe cierta frialdad: se miran de soslayo, hablan poco, ellas usan algo negro y no faltan vestidos acampanados con una terminación en punta que recuerda —los que rondan los 30 saben— a "Los Supersónicos", aquel dibujo animado alucinante. Ellos tienen siempre camisas. Parecen serios.

De los veinte para arriba —tiene razón un colega— la cuestión se hace desprolija, vital. "Veo un clima más free, más libre. Todos bailan con todos, no alcanzo a percibir el descencanto de los ochenta", dice él, que es observador imparcial. Algo hay. Cuatro amigas se animan a copar solas la pista de "Sobremonte". No hay pudor en pedirle a Charlinston y Lilian, dos campeones brasileños de Puerto Segura —cuna, origen de la lambada— un asesoramiento para mover con mayor énfasis la cintura. Esto es en "Idolem", Constitución. Y hasta ha sido saludable la aparición fuerte, este año, de boliches abiertos, cuyos dueños apuestan más a la atmósfera que a las luces psicodélicas: "Viva María", en Punta Iglesia, es uno de los intentos.

Es cierto que cuando se da el encuentro, hay que sortear otra dificultad. "No entiendo cómo esta ciudad no tiene telos", se quejaba Juanjo, un joven que ponía el rostro para un caricaturista en la peatonal San Martín. "Estaba todo bien, eran como las tres, no encontramos dónde ir", parecía un tango. "Había onda, pero para curtir playa no daba. Terminamos comiéndonos una caja entera de Havannets en La Rambla", confesaba, y parecía tocarse el hígado. Por viejas disposiciones municipales, los transitorios legales están lejos —frente al Cementerio Parque, camino a Camet— y sin auto es imposible. Pero hay algunos truchos que conviene tener en cuenta. Sería botón tirar direcciones en este lugar, es cuestión de divisar a un marplatense cómplice, y preguntar. Ni hay cortinas de plástico, ni un cartel o luz roja en la puerta, pero existen, y algunos, a pasos del centro.

Para el final, una historia que es —también— una apuesta, una mirada si se quiere optimista o deliberadamente ingenua. En "Viva María" una muchacha le había dado la espalda a la fiesta y declinaba la vista en el mar de las dos de la mañana. Parecía desencantada, como prendida de los ochenta. Y no era fácil sacarla de allí: lo intentaron, en un rato, como ocho. Desde un rincón, alguien —remera verde, un arito— miraba todo. Se le acercó con un porrón en la mano. No hizo nada de lo que hicieron los otros: no le preguntó bailás, ni le tocó el hombro, ni imitó al zarpado que intentó acomodarle el pelo, ni al tímido que le hizo una seña decepcionada, perdedora. Le preguntó, sí, si estaba molesta con tantos tipos que no la dejaban en paz. Ella salió del letargo. Lo miró. Hubo mucho silencio. El vio el claro, avanzó. Le dijo que podía quedarse sentado ahí, o que bailaran, que por un tiempo nadie la molestaría.

El parecía venir de los noventa y ella andaba en busca de algún golpe de efecto, un gesto más creativo. Había que verla después cómo se movía. "Sólo creería en un Dios que supiese bailar", le dijo él al rato, sin decirle que la frase era de otro y tenía como cien años.

MISERY POWER

(Por Luis Bruschtein) Diálogo en los años 60:

—Viejo, me voy de vacaciones a dedo.

—A ver, nene, ¿cuánto necesitás para el pasaje?

Veinte años después:

—Viejo, necesito 40 mil australes para el pasaje.

—Nene, ¿por qué no te vas a dedo?

Y no es que el nene siga siendo hippie ahora que es papá. Sucede que la hiperinflación lo hizo de goma y si antes a los chicos de la clase media se les había dado por una especie de cultura de la pobreza, ahora que no hay plata la pobreza pasó de moda.

Aunque el tipo ya no es menemista, quisiera que el Misery Power se impusiera otra vez entre los chicos. Cada vez que hojea una revista para tirifilos en el kiosco y ve la foto de un pibe con un refresco, la caja registradora de su cabeza marca dos mil australes; después ve otra con pibes en un pub y la banderita le marca 3500 el balón, y ya el corazón se les desboca si están comiendo un sandwich. Porque él sabe que su hijo está en la edad del crecimiento, lo ve todos los días en la mesa cuando el chico se come hasta la vajilla, mientras la caja registradora funciona al compás de su mandíbula "plinc-clan, plinc-clan, plinc-clan" y calcula el gasto de las vacaciones.

¿Y si al pibe se le ocurre invitar una amiga? Los gastos se van al doble, pero no puede frustrarlo en sus primeros tiritos de galán.

Eso es demasiado para él. Como dice el Presidente, la crisis requiere soluciones drásticas. Se encierra en el baño y se pone una camiseta con la "S" mayúscula, pero no es la "S" de Superman, sino la de Saqueador.

Sale a la calle y en el camino se encuentra con otros padres de chicos en vacaciones que confluyen sobre los supermercados. Los saqueadores de la villa son nenes de teta comparados con estos de la "S" mayúscula. La estantería se les vino abajo con la hiper, los ajustes y los reajustes. Son los decididos de la clase media. La policía brava, los carapintada, todos tiemblan cuando los ven llegar, hasta los Machos de Monte tiemblan.

Las hordas de supersaqueadores toman posición alrededor del supermercado y el Estado Mayor del Ejército activa los lineamientos de su nueva hipótesis de conflicto. Cuando avanzan los atacantes, la primera línea de defensa volantea entradas gratis para los cines del centro, y se retira a una segunda trinchera desde donde tiran con bolsas de polenta. Los hombres siguen avanzando entre las nubes de harina de maíz y los soldados retroceden otra vez hasta la última línea defensiva que aguarda con el arma secreta. "¡No tiren hasta que estén bien cerca!", ordena el capitán, con la cara pintada y los dientes apretados.

Desde el otro lado de la trinchera se escuchan los gritos de guerra de los saquedores que reorganizan sus filas entre la nube anaranjada de polenta: "¡La clase media no se rinde, carajo!" "¡Vacaciones para nuestros hijos o muerte!" Cuando las primeras siluetas se recortan en la polvareda, el capitán da la orden de fuego. Copias pirata de la última novela de Umberto Eco y de las obras completas de Sigmund Freud vuelan contra el enemigo. Algunos hombres de la vanguardia atacante se agachan a recoger libros y el desorden cunde entre sus filas, pero la retaguardia no se detiene y la marea humana aplasta a los indecisos y a los últimos defensores. Comienza el saqueo entre los gritos de victoria y los aullidos desgarrantes de los prisioneros que son torturados en la zona de las cajas. El capitán de la cara pintada y su pequeño estado mayor están atados a unas banquetas y los obligan a leer la Declaración Universal de los Derechos del Hombre.

El supersaqueador regresa a su casa y exhibe el botín. "Mirá, nene, esta remera para tus vacaciones. Casi me la saca el periodista que vive en la otra cuadra, pero le tiré un pollo y soltó la remera para agarrarlo." Y después le habló a su esposa: "Vieja, esta noche comemos palmitos con salsa golf. Con el maestro de al lado cargamos una caja llena de latas". Se recuesta y piensa en sus compañeros investigadores del CONICET, en los psicólogos que habían caído con el arma secreta. El reposo del guerrero tras el fragor de la batalla.

—Papá, papá, ¡viejo! —sintió que golpeaban la puerta—. Hace tres horas que estás encerrado en el baño ¿te sentís mal?

Despertó con la cintura dolorida, se miró la camiseta, no tenía la "S" mayúscula. Se había quedado dormido sentado en el inodoro, mientras hacía las cuentas para las vacaciones del pibe.

—Está bien, ya salgo.

—Dale viejo, que me hago encima.

Miguel Martelotti

